

ENTRE LA EXALTACION Y LA ATONIA POLITICAS

por JUAN BENEYTO

UNO de los temas que merece más cuidadoso estudio en nuestro tiempo, ante los problemas de la Política y de la Cultura, es el de la reflexión de los hombres sobre el óptimo principado, y lo es justamente porque para ocuparse de él suele fallar la medida.

Considerarlo importa, sobre todo en su tangencia con los problemas de la educación, e incluso por sus contactos con las interpretaciones historiográficas. Recordemos, a título de ejemplo, la significación de Dilthey y la de Troeltsch, las posturas de Weber y de Meinecke; en fin, la misma prospección de la versión de Ritter, por cuanto conduce al replanteo del carácter de la fuerza en la Historia. Es notorio que bulle una consecuencia negativa: cuando Federico el Grande fracasa, se piensa que la razón de la derrota estriba en no haber interpretado bien el mundo institucional; en otro momento se asegura que la fuerza ha sido aplicada de manera insuficiente; jamás se confiesa una fatalidad. El medio se hace fin; el instrumento, objetivo; el pueblo-estado es el objeto sometido a la acción del estadista...

Hay que contar con que al poder se mezcla el placer. Ya en una epístola de Coluccio Salutati, canciller de la ciudad de Todi, se decía a Francisco Petrarca, apenas pasada la mitad del siglo XVI: Los poderosos sólo prueban aquello que les conviene, y hurtan a la contemplación lo que no casa con sus planes: *potentia proprio est nihil probare nisi quid placet*.

Porque no se experimenta sino lo gustoso, entregados al placer del hombre que detenta la autoridad, el problema esencial del mundo político es el de la titularidad efectiva de la fuerza. Todo equipo político es, en esquema, un grupo de hombres adueñado de los resortes del mando, al que se hinca el convencimiento de que todo lo puede conseguir mediante un mecanismo de órdenes y de normas.

El mundo que quiere ignorar el hecho del poder y de la fuerza, ha de caer en la literatura de la evasión o de la conformidad. Desde aquella anécdota de la mujer que rezaba por que se mantuviese quien mandaba, aunque pareciese tirano—no porque lo creyese bueno, sino porque desde su niñez había visto siempre que el sucesor era peor que el antecesor—, hasta la que el saber oriental trae con Confucio—según la cual, al Gobierno opresor era preferible el tigre—. Oriente ha dado, en efecto, con su propia concepción política, una prueba a esta tesis, que así nos pareció siempre a los europeos el mando oriental, incluso en sus más próximas versiones de Turquía o de Rusia.

Y justamente porque el problema de la fuerza en la Historia—ligado a la Política—no es, en nuestro ambiente doctrinal, sino la relación entre la violencia y el consentimiento, choca que frente a la exaltación con que se suele tratar el tema surja, pareja, la atonía. Aquella tácita voluntad de reinar, traducida en las versiones renacentistas como el más fuerte y vigoroso de los humanos afectos, se deshila y se difumina hasta perderse en la barahunda de cuantos no quieren saber nada...

Junto a cuantos han encontrado en el poder el más fácil camino para alcanzar la gloria, el amor o el dinero, hay grandes núcleos sin fe en la política. Esta contrastante atonía, semejante a la

que sigue a un cataclismo, y bajo formas próximas al anonadamiento, hace que quienes actúan en favor de los cambios sociales no sólo deseen hacerlo con todo su ímpetu, sino que dispongan de mayores facilidades que en otros tiempos. El crecimiento del apetito de poder no está así ligado tanto al poder mismo como a cuanto resulta, con él, accesorio. Hay muy pocas gentes capaces de enfrentar la apetencia del poder con la atonía por la política. Los que buscan el poder lo hacen por objetivos subalternos; también los que rehuyen la política no quieren sino la tranquilidad: que se les deje con sus cosas.

Acaso la tónica no tarde en modificarse. El mayor contacto entre las gentes, y los medios de mando más numerosos y más vigorosos, la prensa y la radio en manos de empresas o de organismos oficiosos: el poder político infiltrándose y calando por las más insospechadas porosidades... Quizá tengamos que luchar por mandar para no estar tan del todo mandados con la arbitrariedad y la incompetencia de una improvisación obligada por el volumen de las intervenciones estatales. Rehuir la lucha será abandonar toda tierra civilizada: irse al desierto de la anécdota de Confucio para cambiar el tirano por el tigre. Nos perseguía como una obsesión el coro de *Faust* en la escena del asesinato de los viejos y el incendio de su casucha: frente al escrúpulo de los soldados impera la orden dramática: •

*Das alte Wort, das Wort erschallt:
Gehoerche willig der Gewalt.*

Mas de aquí nace nuestra consideración, nuestra meditación.

* * *

El mundo contemporáneo no es comparable a los antecedentes en la difusión y en la permeabilidad, ni siquiera según se refleja en el siglo XVI, aun cuando éste fuera el más caracterizado por la propagación de las ideas fuera de los círculos más habitualmente

calificados. El valor contemporáneo que han asumido los nuevos y más veloces medios de información aseguran una más firme vocación de las masas hacia la política; vocación suscitada por las crecientes posturas intervencionistas, que hacen reiterar la necesidad de la marcha al desierto por quienes se obstinan en dejar de pensar—y de actuar—en los problemas de la *res publica*.

Los que no tomaron en cuenta la aparición de estas aportaciones instrumentales no pudieron imaginar el actual planteo. Algunos, como Máximo d'Azeglio, vieron en el futuro el indiferentismo político, estimado consecuencia de los excesos de la Reforma política, del mismo modo que consideraron la indiferencia en materia confesional como resultado de los excesos de la Reforma religiosa. Fallaron tales profecías ante las urgencias de nuestro tiempo, si bien no es seguro que estén contradichas por la cada vez más poderosa participación de las masas. Creo que estos dos fenómenos tienen distinta raíz. La participación de las masas es más bien consecuencia del cariz que van tomando los acontecimientos políticos por la obra intervencionista del Estado. Algunos de ellos se nos ofrecen como auténticos fenómenos telúricos, alejados en gran escala de la presión de la voluntad. El indiferentismo de las masas, comprobado en la época del predominio de los grupos directores, ha trascendido ahora a esas viejas clases que para mantener su posición han de renunciar a la función directora, siendo, consecuentemente, desbordadas por la multitud, que tiene que sentirse ligada a avatares que poseen un efecto directo sobre su vida misma. Tornamos así, en un ámbito incalculablemente más espléndido, a la postura medieval. Si los movimientos reformistas de la Edad Media eran populares y chocaban generalmente con las gentes consideradas directoras; las actuaciones políticas del XVI veían seguir su entusiasmo por la serenidad del hombre de gabinete; en tanto que en la época del Barroco y en el tiempo de las Luces fueron los directores los que pretendían suscitar en las masas la preocupación política.

Se comprende así que por esta reacción entre las clases cultas y las masas haya tenido que preocupar la difusión de la tendencia

reflexiva. Aquella observación de Cournot, en sus Consideraciones sobre la marcha de las ideas y de los acontecimientos, sobre esa inclinación excesiva de las personas que se precian de cultas a reflexionar sobre temas políticos, no tiene valor sino en cuanto esas gentes cultas actúan sobre la multitud y producen en ella el entusiasmo de la revolución.

Nos encontramos en un mundo complejo: las masas ven cuánto les va en la política; los dirigentes saben que su posición sólo será válida en tanto se ligue a los azares de la vida... Nos abocamos así, trágicamente, a una sucesión de momentos de atonía y de exaltación. Cuando las cosas van corrientemente, y el hombre que trabaja consigue el reposo preciso para sus cosas, a nadie le interesa la política. Cuando las cosas van hacia la normalidad, y especialmente cuando los postulados intervencionistas conducen a actuaciones políticas que infieren en la incidencia de nuestra propia vida (de lo poco que queda de vida privada), surge la exaltación, y el mundo resulta abocado hacia actitudes cada vez más extremas. Dejamos que gobiernen, bien o mal, los que cogieron las palancas del mando político, y tenemos ante ellos dos posturas: el alejarnos o el enfrentarnos —con lo difícil que esta última se hace—. Las clases más numerosas han podido intervenir en política con el arma económica; las clases selectas han de hacerlo señalando al mando presente el finalismo de su acción, haciéndole despertar, si lo tiene adormido, el sentido del servicio al bien común. De esta manera pierden valor los elementos instrumentales —Parlamento, Gabinete, Ley, Magistratura, Presupuestos—, y lo que vale es ya, como fué otrora, el resultado, el fin. ¿Se sirve a la comunidad humana, a la dignidad de la persona, a los altos valores del espíritu? El hombre culto nada tiene que oponer. ¿Se ataca al interés de zonas mal dotadas, se cercenan las posibilidades vitales de la multitud? La masa misma actúa, y actúa necesariamente con la revolución.

El tema bien merece la meditación de todos, pero de modo dominante por quienes tienen a su cuidado la educación del pueblo.

